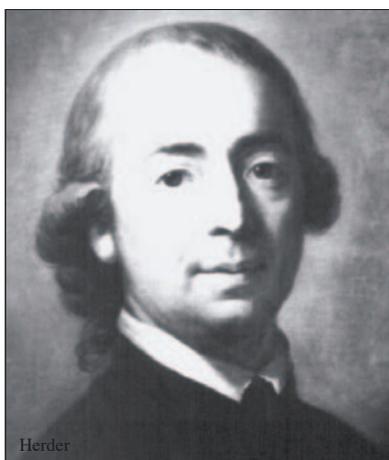


HERDER: SU ACERCAMIENTO AL LENGUAJE

Pedro Ribas Ribas
(Universidad Autónoma de Madrid)



No hay una obra de Herder en la que no trate del *lenguaje*, pero el libro en el que lo aborda directamente y lo convierte en tema de análisis es *Ensayo sobre el origen del lenguaje*. Ahí resalta Herder las múltiples dimensiones del lenguaje, el instrumento del alma humana gracias al cual se manifiestan las capacidades creativas y artísticas del hombre. Para él la lengua no es ningún añadido a lo humano, sino lo humano en su forma más cabal. De manera que preguntar por su origen es preguntar por el hombre mismo, por su razón. Ante este hecho resulta sumamente incoherente el uso que con frecuencia se hace de su *nacionalismo*, atribuyéndole un sentido político que no posee, ya que él se refiere a la *cultura* de cada pueblo o nación, a la riqueza que cada uno de esos pueblos aporta a la *humanidad*.

PALABRAS CLAVE: Herder, lenguaje, nacionalismo, cultura, humanidad.

Each and every work by Herder addresses the topic of language, but the one that directly focusses on it and analysis it is the *Essay on the Origins of Language*. Herder highlights there the multiple dimensions of language, an instrument of human soul that allows the creative and artistic capacities of men to be manifested. In his view, language is not an add-on to the human, but the human itself in its most complete form. Asking for its origin is then asking for man himself, for his reason. In view of this fact, the sort of use that is often made of his *nationalism* seems completely incoherent, as if it had a political goal that it has not, given that it is referred to the *culture* of each people of nation, to the richness with which each of those peoples contributes to *humanity*.

KEYWORDS: Herder, language, nationalism, culture, humanity.

Johann Gottfried Herder (1744-1803) nació en Mohrungen, nombre alemán de la ciudad hoy polaca Morag. Era de origen humilde y pudo estudiar gracias al apoyo del pastor protestante de la ciudad y de una familia que suplió las carencias económicas de sus padres. En Königsberg residió en el mismo colegio en el que había estudiado Kant, el cual procedía también de familia humilde. Kant será des-

pués, una vez que Herder estudie en la Universidad de Königsberg, maestro suyo y muy apreciado por él, como puede constatarse en el texto siguiente:

“De mis años juveniles recuerdo con gratitud y alegría el conocimiento y las clases de un filósofo que era para mí el auténtico *maestro de humanidad*. Entonces, en la plenitud de sus años, poseía la feliz agilidad de un adolescente, agilidad que creo le acompañará hasta su más avanzada edad. Su frente abierta, hecha para el pensamiento, el asiento de la amenidad, y de su boca locuaz fluía el discurso más agradable y más denso de pensamientos. La broma, el ingenio, el buen humor, se hallaban a su disposición, siempre en el momento oportuno, de forma que si alguien reía, él permanecía serio. Su exposición pública era como un trato conversacional. Hablaba sobre su autor, pensando por sí mismo, a menudo yendo más allá de él. Pero, durante los tres años en que le oí a diario y acerca de todas las ciencias filosóficas, nunca advertí en él el menor signo de arrogancia. Tenía un adversario que pretendía haberlo refutado y en el que nunca pensaba. Presentó uno de sus escritos a un premio y merecía ganarlo perfectamente, pero sólo recibió el *accessit*, noticia que acogió con la alegre explicación de que lo que a él le interesaba era hacer conocer sus tesis por una academia, no el premio. Oí de él sus juicios sobre Leibniz, Newton, Wolff, Crusius, Baumgarten, Helvetius, Hume, Rousseau, algunos de los cuales eran entonces escritores recientes; observé el uso que hacía de ellos y no encontré en él sino un noble celo por la verdad, el más bello entusiasmo por los descubrimientos importantes para el bien de la humanidad, la más desinteresada emulación de todo lo grande y bueno. No sabía de cábalas, y el espíritu de partido o de secta le era completamente extraño; el ganar discípulos o el dar incluso su nombre a algún grupo de seguidores no era la corona a que aspiraba. Su filosofía despertaba el pensamiento propio, y no puedo imaginarme nada más exquisito y eficaz a este respecto, que su exposición: sus pensamientos parecían manar de él al instante; había que seguir pensando con él; el dictar, adoctrinar y todo dogmatizar, le eran desconocidos. La historia natural, la teoría de la naturaleza, la historia humana y la de los pueblos, las matemáticas y la experiencia, eran las fuentes preferidas de su saber humano, de las que extraía, desde las que daba vida a todo. A ellas remitía. Su alma vivía en la sociedad, y todavía recuerdo las amables palabras que me dijo sobre ello al despedirme. Ese hombre, amigo mío se llamaba Immanuel Kant; tal es su imagen delante de mí.”¹

Sin embargo, sus trayectorias son muy distintas, no sólo porque Herder estudió teología y se hizo pastor, sino porque Kant es un perfecto representante de la Ilustración, hasta el punto de ser la culminación de ella en filosofía, mientras que

Herder inicia una vía prerromántica, lo que se ha llamado el *Sturm und Drang* (tempestad y empuje). Conviene tener presente esta diferencia de trayectoria intelectual, pues Herder se convertirá en un crítico importante de la Ilustración, sobre todo de una Ilustración a lo Voltaire, es decir, la concebida como siglo de las luces, la que mira por encima del hombro las épocas pasadas, la que habla con ironía socarrona de las leyendas y personajes bíblicos, despreciando como ignorantes y bárbaros a culturas y pueblos primitivos. Herder no siente ninguna atracción por el cosmopolitismo del siglo XVIII, lo cual no significa que él se encierre en lo local. Es cierto que tiende a acentuar lo “nacional”, lo distintivo, lo diferencial de cada cultura y de cada pueblo, pero sin que ello comporte jerarquía, como si un pueblo o una cultura fuera superior a los demás. Cada cultura aporta lo suyo a la humanidad, palabra clave en el vocabulario de Herder. Esta palabra no sólo abunda en su escritura, sino que aparece en el título de algunos de sus libros más importantes: *Otra filosofía de la historia para la formación de la humanidad* (1774), *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), *Cartas sobre el fomento de la humanidad* (1794-1797). Su forma de valorar lo diferencial contribuyó muy notablemente a romper la idea de un canon absoluto en la belleza, en el arte, en la cultura. Igual que en la biología se nos muestra una infinita variedad de plantas con distintas formas, en la humanidad hay también una inmensa variedad de formas de expresar ideas y sentimientos, de moverse, de folklore, de música, de poesía, de arquitectura. No es extraño que en la última etapa de su vida Herder chocara frontalmente con Kant y que éste tratara a su antiguo discípulo con una falta de delicadeza que contrasta con la moderación y la mesura que caracterizaba su forma de expresar discrepancias. Pero no voy a tratar de esta diferencia de Kant y Herder, que es desde luego muy instructiva para entender distintas valoraciones de aspectos como el lenguaje, el arte, la historia. Me voy a centrar en el lenguaje, un asunto de los centrales en la obra de Herder, que es por cierto un autor de ensayos, no de tratados o estudios académicos especializados. Herder es un escritor que toca muchos temas, siempre de forma ensayística, sin pretensiones de dejarlos concluidos, sino siempre con sugerencias incitantes, despertando la curiosidad por saber más del asunto, siempre hablando al sentimiento y a la fantasía, no sólo a la escueta lógica.

Herder comenzó pronto a distinguirse como escritor. Inicialmente publicó de forma anónima, como era usual en su época. Así publicó *Sobre la literatura alemana reciente. Fragmentos* (*Über die neuere deutsche Literatur. Fragmente*, 1768), obra en la que el lenguaje, la gran creación humana, ocupa ya un lugar muy destacado y en la que muestra su diversidad de formas según los pueblos. El interés por esta diversidad lleva a nuestro autor directamente a lo popular, a lo que el mundo académico y normalmente llamado culto suele despreciar como inculto y primitivo.

No hay una obra de Herder en la que no trate del lenguaje, pero el libro en el que lo aborda directamente y lo convierte en tema de análisis es *Ensayo sobre el*

origen del lenguaje. Con él ganó el premio de la Academia de Berlín en 1771, a sus 27 años. Se trata de un trabajo original, en el que se atreve incluso a enfrentarse a algún miembro de la poderosa Academia de Berlín, la cual le concedió el premio a pesar de ello. En este libro examina y resalta Herder las múltiples dimensiones del lenguaje, el instrumento del alma humana gracias al cual se manifiestan las capacidades creativas y artísticas del hombre. El lenguaje no es para Herder, a diferencia de lo que pensaba Kant, simple vehículo para expresar el pensamiento, sino que es lo humano por excelencia, la esfera en la que, a través de las distintas lenguas, cada una con su música y sonidos peculiares, se plasma la riqueza y variedad de visiones con que la especie humana puebla la tierra.

La primera gran tesis de este libro consiste en afirmar que el lenguaje es creación humana, no divina. Süßmilch, que era miembro de la Academia de Berlín, sostenía que el lenguaje era un don otorgado por Dios a los hombres. El lenguaje era demasiado perfecto como para que fuese el hombre su creador. Herder argumenta que esta tesis de Süßmilch es insostenible, pues hacer a Dios creador del lenguaje alegando que el hombre no podría generar por sí sólo algo tan perfecto equivale a decir que Dios ha dado al hombre una lengua que no puede entender, lo que deja en tan mal lugar a la divinidad como al hombre. He aquí un texto del *Ensayo* en el que Herder rebate a Süßmilch:

“Uno de los defensores del origen divino del lenguaje descubre el admirable orden de Dios en el hecho de que los sonidos de todas las lenguas conocidas puedan reducirse a unas veinte letras. Pero ese hecho es falso, y la conclusión, más errónea todavía. Ni una sola lengua viva es plenamente reducible a letras, y menos todavía a veinte letras. Esto lo confirman todas y cada una de las lenguas. Las articulaciones de nuestros órganos lingüísticos son tan variadas, cada sonido se pronuncia de formas tan distintas, que el señor Lambert, por ejemplo, puede señalar con razón, en la segunda parte de su *Organon*, cuán pocas son nuestras letras en comparación con la cantidad de sonidos que poseemos y, a consecuencia de ello, con qué indeterminación son expresables estos últimos por medio de aquéllas. Y esto se muestra partiendo tan sólo de la lengua alemana, que jamás ha recogido todavía en lenguaje escrito su multiplicidad fonética y la diferencia de sus dialectos; en mucho menor grado, cuando el lenguaje entero no es más que un vivo dialecto de esta índole. ¿De dónde proceden todas las peculiaridades y casos especiales de la ortografía sino de la dificultad de escribir como se habla? ¿Qué lengua viva permite que se aprenda su fonética partiendo de las letras de un libro o qué lengua muerta puede despertarse así? Pues bien, cuanto más viva es una lengua, tanto menos se ha pensado abarcarla en letras; cuanto más se remonta al sonido natural pleno, no seleccionado, tanto menos escribible es, tanto

menos escribible con veinte letras; es más, suele ser enteramente impronunciable para el extranjero. El P. Rasle que pasó diez años entre los abenakios, en Norteamérica, se quejaba mucho a este respecto de que, aun después de haber prestado la mayor atención, solía ser incapaz de repetir más de media palabra y ello haciendo el ridículo. ¡Cuánto más ridículo habría sido escribir esa palabra con las letras francesas! El padre Chaumont, que vivió cincuenta años entre los hurones y se aventuró a escribir una gramática de su lengua, se lamentaba, además, de las letras guturales y de sus acentos impronunciados: ‘Ocurría a menudo que dos palabras con letras completamente idénticas tenían las más diferentes significaciones.’ Garcilaso de la Vega se quejaba de que los españoles desfiguraran de tal forma la lengua peruana en la fonética de las palabras, de que la mutilaran y falsearan y de que, sólo por culpa de esas alteraciones, atribuyeran a los peruanos los mayores disparates. De la Condamine dice de una pequeña nación del río Amazonas: ‘Parte de sus palabras no podían escribirse, ni siquiera de forma muy imperfecta. Deberían emplearse para ello nueve o diez sílabas como mínimo, cuando ellos no parecen pronunciar apenas tres.’ La Loubère afirma de la lengua siamesa: ‘De diez palabras pronunciadas por el europeo el nativo siamés no entiende quizá una sola. Puede esforzarse uno lo que quiera en expresar su lengua con nuestras letras.’ ¿Y a qué acudir a lugares tan lejanos de la tierra? Nuestro pequeño resto europeo de primitivos, los estonios, lapones, etc., suelen poseer sonidos tan semiarticulados e inescribibles como los propios de los hurones y peruanos. Mientras que las lenguas rusa y polaca se escriben y están formadas desde el punto de vista de la escritura, rusos y polacos siguen aspirando de tal forma, que no es posible representar con letras el verdadero tono de su organización. ¡Cuánto se afana el inglés para escribir sus tonos!, y no por entender la lengua escrita se sabe hablar inglés. El francés, que poco sube de la garganta, el semi-griego, el italiano, que habla, por así decirlo, desde un lugar superior de la boca, en un éter más fino, conservan todavía un tono vivo. Sus sonidos tienen que permanecer en los órganos donde se han formado: como letras escritas no son, por muy cómodas y peculiares que las haya hecho la costumbre de escribir, otra cosa que ¡sombras! El hecho es, pues, falso y la conclusión, más falsa todavía: no lleva a un origen divino, sino todo lo contrario, a un origen animal.”²

Para nuestro autor la lengua no es ningún añadido a lo humano, sino lo humano en su forma más cabal. De manera que preguntar por su origen es preguntar por el hombre mismo, por su razón. De ahí que *logos*, palabra en griego, equivalga a razón, a lo que distingue al hombre de los demás seres de la naturaleza. La lengua es el órgano del alma. Y el hombre no se distingue del animal por ser capaz

de pronunciar palabras mejor que el papagayo, sino por ser capaz de crear lenguaje, que es dar significado a las palabras, cosa que no puede hacer el papagayo. Por ello subraya Herder que el lenguaje conlleva por sí mismo una dimensión antropológica que nos sitúa en una esfera distinta de la propia del animal. Por mucho que éste comparta con los humanos la capacidad de emitir sonidos, éstos adquieren una diferencia *cualitativa*, no sólo de grado, por ser lenguaje humano. Como hace a menudo Herder, profundizando en el estudio del lenguaje y enriqueciendo su forma de considerarlo, muestra su función antropológica en el siguiente sentido: si, por un lado, la indigencia y precariedad de condiciones en las que la criatura humana llega al mundo son evidentes, por otro, el lenguaje suple esta deficiencia. El hombre no nace ni con la protección del frío o del calor, ni con pautas aprendidas de generación en generación, a diferencia de abejas u hormigas, que no necesitan ningún período de aprendizaje, sino que, desde el primer día, siguen las pautas que sus progenitores practican desde siempre.

En este punto habla Herder del “círculo”. La abeja, la hormiga, la araña llevan a cabo verdaderas obras de arte con su técnica. Pero lo cierto es que esa técnica es transmisión de una generación a otra, sin que el individuo singular pueda salirse de ella y sin realizar ningún progreso. La abeja realizará sus celdillas con la misma perfección que sus antecesores, pero no se desviará un ápice en su forma de elaborarlas. No ensayará formas distintas de las que su especie le ha transmitido al nacer. En este sentido puede decirse que la abeja vive encerrada, limitada, condenada por esta pauta. O dicho de otra forma, vive en un “círculo” del que no puede salir. Este círculo es tanto más limitado cuanto más especializado es el instinto. Mayor agudeza en la habilidad instintiva conlleva más limitación, círculo más reducido.

La diferencia del hombre respecto del animal en este sentido reside en que carece de las depuradas técnicas o habilidades instintivas de éste, en que tiene que aprender en un largo y trabajoso proceso. Pero a cambio de ello, no está encerrado en un círculo, sino que se halla abierto para aprender distintas habilidades, para habitar y defenderse incluso en climas en los que sólo pueden hacerlo animales específicos. En una palabra, el hombre es un ser abierto, no condicionado por pautas prefijadas, sino capaz de cambiar la conducta respecto de sus antecesores y crear un medio elegido por él mismo. En esto consiste la libertad humana. Esta libertad representa la apertura del círculo en el que se halla encerrado el animal. Por ello es la libertad un salto cualitativo que significa la ruptura y la salida del círculo animal. Herder lo explica así:

“Todo animal posee un círculo al que pertenece desde el nacimiento, en el que ha entrado inmediatamente, en el que permanece a lo largo de su vida y en el que muere. Pero es curioso que cuanto más agudos son sus sentidos y más admirables sus obras de arte, tanto más

pequeño es su círculo, tanto más peculiar es su obra artística. He investigado esta relación y descubro en todas partes una proporción inversa, admirablemente observada, entre la menor extensión de sus movimientos, sus elementos, alimentación, sustento, apareamiento, cría, compañía e instintos y artes. La abeja construye en su colmena con una sabiduría que Egeria no era capaz de enseñar a su Numa. Pero, fuera de esas celdillas de su predeterminada labor en ellas, no es nada. La araña teje con el arte de Minerva, pero todo su arte se halla igualmente entretejido en ese limitado espacio de tela; ése es su mundo. ¡Qué admirable es el insecto y qué estrecho su círculo de acción! [...] Me es, por tanto, lícito asumir el siguiente principio: la sensibilidad, las habilidades y los instintos artísticos de los animales incrementan su fuerza e intensidad en proporción inversa a la magnitud y variedad de su círculo de acción. [...] En cambio, cuanto mayor es el círculo de los animales, cuanto más diversos sus sentidos ... pero ¿para qué repetir? Con el hombre cambia totalmente la escena. ¿Qué utilidad puede tener para su círculo de acción, incluso en la situación de mayor necesidad, el lenguaje del animal más hablador, del que profiere más diversas voces? ¿De qué serviría a sus dispersos deseos, a su repartida atención, a sus débiles sentidos olfativos, el poseer también el oscuro lenguaje de todos los animales? No es para él ni abundante ni claro, como tampoco bastan sus objetos ni es apropiado para sus órganos. No es, pues, *su* lenguaje en modo alguno. En efecto, si no queremos jugar con las palabras, ¿qué significa el lenguaje propio de una criatura, más que el adecuado a su esfera de necesidades y funciones, a la organización de sus sentidos, a la orientación de sus representaciones y a la fuerza de sus deseos? Pero ¿qué lenguaje animal tiene tales características para el hombre? Sin embargo, tampoco nos hace falta esta pregunta. ¿Qué lenguaje (fuera del mecánico antes mencionado) posee el hombre tan adecuado a los instintos como lo es el de todas las especies animales en su esfera y conforme a ésta? La respuesta es breve: ¡ninguno!”³

Esta apertura que conlleva el lenguaje, a diferencia del círculo en el que se mueve el animal, es también la razón de que Herder rechace las mónadas de Leibniz. A pesar de que ser admirador de Leibniz en otros muchos aspectos, no acepta la teoría leibniziana de las mónadas “sin ventanas”, debido a que haría del hombre un ser incomunicado, cuando él subraya justamente el carácter de comunicación, de lazo entre los hombres, que desempeña el lenguaje. Es cierto que cada idioma es particular y que en tal sentido es una barrera frente a otro idioma. Pero, como señala Herder, sería lamentable que las creaciones científicas, artísticas o de cualquier índole realizadas por los hablantes de un idioma no pudiesen ser recibidas y disfrutadas por los hablantes de otra lengua. Por ello habla Herder del “gran vínculo del saber”. Los pueblos realizan sus creaciones dentro de una lengua, pero

esas creaciones llegan a los demás a través de la lengua en su dimensión universal, es decir, usándola para traducir de un idioma a otro los contenidos que así pasan a ser tesoro universal de la humanidad.

En la segunda parte de *Ensayo sobre el origen del lenguaje* habla de cuatro leyes que deben considerarse, leyes que Herder no entiende en el sentido en que se habla de ellas en física o en la biología, sino que se refiere a tendencias o aspectos que pueden tenerse en cuenta en el lenguaje. No se trata, por tanto, de regularidades fenoménicas, de procesos predecibles en términos deterministas. La primera de estas leyes apunta a algo ya señalado, a la función que el lenguaje cumple como compensación de la debilidad biológica del hombre. Igual que el animal, el ser humano vive respondiendo a estímulos de la naturaleza, pero a diferencia de él, los humanos no se limitan a repetir, sino a crear. Cada hombre es creador de lenguaje, el cual se va perfeccionando como obra en la que todos contribuyen. Este aspecto creativo es por cierto un elemento en el que Herder está con los ilustrados defendiendo el progreso. Naturalmente que existe progreso, pero en el sentido de que el hombre es un eterno aprendiz que va perfeccionando el órgano con el que crea continuamente. Y así, a diferencia de aquellos ilustrados que sólo ven el presente como culminación de lo pasado, despreciándolo, valora el lenguaje como resultado de una labor de siglos en la que ha intervenido toda la humanidad en todas las épocas. Escribe en el *Ensayo*:

“No es sólo un día el que enseña a otro, sino que cada minuto del día enseña al siguiente, cada pensamiento al que viene después. [...] Esta cadena continúa hasta la muerte; nunca es, por así decirlo, el hombre *entero*, sino que está en permanente desarrollo, en marcha, perfeccionándose. Una actividad surge de la otra, edifica sobre ella, se desarrolla a partir de ella. Se suceden las edades, las épocas. Nosotros nos limitamos a designarlas según su grado de observabilidad, pero esos grados pueden subdividirse infinitamente, ya que el hombre no siente como crece, sino únicamente que ha crecido. Crecemos siempre a partir de una infancia, sea cual sea nuestra edad, nos hallamos permanentemente en marcha, inquietos, insatisfechos; lo esencial de nuestra vida no es nunca el gozo, sino el progreso, y no habremos sido hombres hasta que hayamos llegado al final de nuestra vida. La abeja, por el contrario era ya abeja cuando construyó su primera celdilla.”⁴

La segunda ley indica que el individuo crea lenguaje, pero siempre dentro del grupo al que pertenece. La lengua se mantiene viva gracias a la aportación de cada uno, que así contribuye a reforzar y hacer avanzar la comunidad de hablantes. Con estas consideraciones tiende Herder a mostrar el lazo que une al individuo con la comunidad, gracias al cual se enriquecen ambos, individuo y comunidad, a tra-

vés de la “serie” o la “cadena” por la que el individuo recibe la herencia cultural de sus antepasados. De manera que el vínculo lingüístico representa al mismo tiempo el legado cultural del grupo o linaje. Unamuno, al hablar de intrahistoria en algunos ensayos de los años 90 del siglo XIX, sobre todo en *En torno al casticismo* y en su ensayo sobre la demótica, afirma algo muy parecido a estas consideraciones de Herder.

La tercera ley es la cara menos amable del lenguaje, ya que aquí se refiere Herder a la capacidad humana de adaptación. El hombre puede resistir las temperaturas de las zonas tórridas del planeta como puede sobrevivir entre los hielos de Siberia. Pero más allá de alguna conexión que establece entre geografía y lengua, se pregunta de dónde procede la multiplicidad lingüística. Herder indica que la misma fuerza de cohesión que la lengua desempeña en la familia o *nación* hacia dentro, se convierte en odio o discordia cuando se dirige al exterior, a otra tribu o grupo. Es el lado conflictivo de las relaciones humanas, que el autor alemán, como hace tantas veces, ilustra con ejemplos tomados de la Biblia y presenta en términos nada románticos: la multiplicidad de lenguas surge del enfrentamientos entre grupos o tribus.

La cuarta ley, por el contrario, subraya la interdependencia entre los humanos, los lazos que se crean entre individuos y pueblos y el enriquecimiento mutuo que esos lazos conllevan. Escribe en este sentido:

“Nosotros, los alemanes, al igual que los americanos, viviríamos aún tranquilos en nuestros bosques, o más bien guerrearíamos rudamente en ellos y seríamos héroes, si la cadena de la cultura extranjera no se nos hubiese aproximado tanto ni nos hubiese obligado, con la fuerza de siglos enteros, a intervenir en ella. El romano fue igualmente a buscar su cultura en Grecia; el griego la recibió de Asia y de Egipto; Egipto, de Asia, y China, quizá de Egipto. Así es como avanza la cadena desde un primer eslabón y tal vez se extienda un día sobre la tierra. El arte que construyó el palacio griego se ve ya entre los primitivos al edificar su cabaña, como resplandecía ya, en su fondo más rudo, la pintura de Mengs y de Dietrich en el rojo escudo de Hermann.”⁵

El interés y la curiosidad de Herder por el lenguaje le llevan a conocer las formas de expresión de distintos pueblos, tanto de Europa como de otros continentes. En este sentido es un recopilador incansable de poesía popular, ya sea de antiguos escandinavos, ya sea de peruanos como el Inca Garcilaso, ya sea de romances castellanos. Hoy puede resultar extraño que Herder mostrara tanto entusiasmo por *Ossian*, un poema en lengua erse, traducido al alemán por Denis, que él consideró modelo de poesía antigua, siendo así que pronto se demostró que no era un poema

antiguo, sino un poema dedicado al bardo escocés del siglo III, aunque ideado por James Macpherson en el mismo siglo de Herder. Pero es cierto que el poema tuvo gran acogida en Europa y Herder, que nunca renegó de lo que había escrito sobre *Ossian* en 1773, siguió viendo en esa poesía la fuerza, el ritmo y los sonidos de lo primitivo. Siempre sintió atracción por lo popular, fuese del pueblo que fuese. Por ello resulta tan incoherente el uso que con frecuencia se hace de su *nacionalismo*, atribuyéndole un sentido político que no posee, ya que él se refiere a la *cultura* de cada pueblo o nación, a la riqueza que cada uno de esos pueblos aporta a la *humanidad*. Aunque Herder es un autor muy citado, lo suele ser descontextualizado, no como fruto de lectura detenida de sus textos. Su nacionalismo es cultural, esto es, defensa de la cultura de cada pueblo como expresión de un conjunto de creaciones que no deben ser valoradas conforme a un canon único, sea el griego o el parisino, sino desde el conocimiento de cada una de esas culturas.

Herder fue también admirador de Shakespeare, el cual era considerado un bárbaro en Francia por no respetar las pretendidas unidades aristotélicas a las que debía atenerse el teatro. Como en tantas ocasiones, el teatro de Shakespeare le sirve para desmarcarse del teatro francés, el cual pretende ser en el siglo XVIII el renacimiento del griego. Herder afirma que ese teatro, el de Racine, por ejemplo, es la cosa más pulida y elegante que pueda representarse, pero le falta fuerza y pasión para que pueda compararse con el de Sófocles. En cambio, el bárbaro Shakespeare, sin cumplir ninguno de los preceptos, posee en sus dramas la fuerza de los griegos. Él es el verdadero heredero del teatro griego, no esa cosa elegante, pero sin fuerza, que los franceses ponen en escena. Quizá Herder es demasiado crítico con el teatro francés e incluso con la lengua francesa, pero él suele subrayar con vehemencia aquellos aspectos de la Ilustración con que está en desacuerdo para contrastarlos con aquellos otros que representan lo que él defiende, en este caso la fuerza con que Shakespeare envuelve pasiones, crea personajes y da vida a un teatro lleno de vigor, sin atenerse a formalidades que coarten su fuerza expresiva.

Igualmente, Herder se interesó por los romances españoles. La verdad es que no llegó a conocerlos en su versión original, sino que los tomó de fuente francesa. Hizo enormes esfuerzos por llegar al texto del poema español *Mío Cid*, texto que no era tampoco el original español, sino que venía de Francia. El *Cid*, traducido por Herder, que sentía una gran admiración por este poema, salió en alemán un año antes de su muerte, en la revista *Adrastea*, en 1802, aunque sólo un fragmento. Tres años después, en 1805, salió el texto completo, que se convertiría en su éxito editorial en Alemania.

Notas

1. HERDER, *Briefe zur Beförderung der Humanität*. Berlín y Weimar, Aufbau Verlag, 1971, 2 vols., vol. 2, pp. 350-351. Esta edición de *Cartas sobre el fomento de la humanidad*, cuyo texto correspondiente se halla en

los tomos 17 y 18 de la de Suphan (*Sämtliche Werke*, 33 vols., 1877-1913) es más completa y, sobre todo, más elaborada (índices y notas) que esta última. La obra no está traducida al español.

2. HERDER, *Ensayo sobre el origen del lenguaje*; en HERDER, *Obra selecta*, Madrid, Alfaguara, 1981, pp. 137-139. Traducción, notas e índice de Pedro Ribas.

3. *Ensayo...*, *op. cit.*, pp. 146-148.

4. *Ensayo...*, pp. 197 y 198-199.

5. *Ensayo...*, p. 228.

* * *



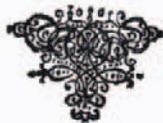
QUADERNI DI LOGOS

- 8 -

GIAMBATTISTA VICO

**DE ANTIQUISSIMA
ITALORUM SAPIENTIA**

con gli *Articoli* del «Giornale de' Letterati
d'Italia» e le *Risposte* del Vico



a cura e con introduzione di Fabrizio Lomonaco
postfazione di Claudia Megale



Diogene Edizioni